

MAGDALENA HARRIAGUE

Al fondo de aguas irisadas

Al fondo de aguas irisadas
vislumbro grandes guardarropas
forrados en blanco immaculado
como interior de ataúdes.
Se abren como valvas
y despliegan colchas y manteles
con herrumbre que se vuelve
follaje y ventanales,
explosión del sol
en aliladas galerías.

Y todo sube al aire y a la ronda
de los camposantos,
desflecados
como babas del diablo.

Cuando se miran las hojas

Cuando se miran las hojas,
frontera que me confirma
la estadía en el mundo,
desde esa curva de dispersión
como último asidero se desprende
toda costumbre de remembranza,
y hacia lo alto me derramo,
hacia la vastedad
que todavía recibe a distancia

los compases del corazón extinguido.

Árbol que señala la vestidura
de la vigilia,
de qué manera inocente
coloca un trampolín de hojas
hacia la gélida intemperie
del espacio que me succiona
y a donde caigo
recién nacida a la ancianidad.

ALGUIEN EN EL PÁRAMO

Páramo. Paseo de los diablos,
con plantas abortadas
y una especial historia de solitarios animales.
Áspera su docilidad,
puntiagudo su olor y su horizonte.
¡Oh! comarca de vientre espinoso.

Desde el primer momento estaba aquí
inamovible y verdadera su esterilidad,
su ley de paciencia,
su ambiente sin jugos
endurecido por colores viejos.
Desde el primer momento
los pájaros le graznaron
recortados en un tiempo amarillo,
mientras el agua
jugaba una ilusión polvorienta.
Por muchos siglos
fue extendido en distintos lugares
pero con la misma frustración.
Sin embargo,
pronto adquiere una configuración precisa
y ocupa un sitio.
Se convierte en costra de un país determinado,
en suelo incomprensible de cabras.
Entonces, una flor delgada
se atreve junto a las marcas de pezuñas,
y un afilado silbido
comienza a resbalar sobre las piedras.
Alguien penetra su aridez
y extiende el corazón
en parecido círculo de muerte.

Sus ojos acompañan la negación a los frutos
y su piel resuelve temperaturas de fatiga.
Empujando su lentitud, cruza el páramo,
disciplinado en pasos definitivos,
mientras entrega a su contorno
un suave movimiento de fatalidad
y de cosa establecida.

ARRIBA, AFUERA, CLAUSTRO

Llamo, llamo,
flotando adentro de una boca
como una inmensa
caverna al vacío,
cuyo aliento
me sostiene y amaga
volverse palabra,
proyectarme a un asidero
de entendimiento.
Desde abajo,
por mi atadura sube
la luz sin resises
de mis moradas,
fotografías de la ausencia
como reflejos en serie
subiendo monstruos y aguas,
y el torpe hormigueo
y las batallas
y unos días como gemas
diminutas,
con decisiones de mi pertenencia:
lo mío irreversible
en su viaje perpetuo.